

el bien, indestructible é invencible! Cultivad la verdad en nuestro espíritu y extendedla á través de la humanidad, porque únicamente la verdad salva del pecado y de la miseria. La verdad es el Buddha, y el Buddha es la verdad. ¡Bendito sea el Buddha!



EL PRÍNCIPE SIDDARTHA LLEGA A BUDDHA

IV.—NACIMIENTO DEL BUDDHA (1)

1. Había en Kapilavastu un rey sakya, firme en sus propósitos y reverenciado por los hombres, uno de los descendientes de Ikchvaku, que se llamaba Gotama, y personalmente Suddhodana, ó Arroz-Puro.
2. Su esposa, Maya-devi, era maravillosamente bella como un lirio de agua, y de un corazón tan puro como el loto. Como la reina de los cielos vivía sobre la tierra, inmaculada y pura de deseos.
3. El rey, su marido, la reverenciaba por su santidad, y el espíritu de verdad descendió sobre ella.
4. Cuando comprendió que la hora de ser madre estaba próxima, rogó al rey que la enviase á casa de su padre, y Suddhodana, solícito por su esposa y por el hijo que nacería, accedió muy gustoso á su petición.
5. Cuando ella atravesaba el jardín de Lumbi-

(1) Fuente-*Fo-sho-hing-Tsan-king*, por S. Beal. *Sacred Books of the East* XIX, I, 147.

ni, llegó la hora, se le preparó un lecho bajo un elevado plakcha (1), y el niño salió de la matriz como el sol naciente, radiante y perfecto.

6. Los mundos todos se inundaron de luz. Los ciegos recobraron la vista á consecuencia de su ardiente deseo de contemplar la llegada de la gloria del Señor; los sordo-mudos se hablaron los unos á los otros de los felices presagios, anunciando la llegada del Buddha. Los gibosos se enderezaron, los cojos echaron á andar. Todos los encarcelados vieron caer sus cadenas, y los fuegos de todos los infiernos se extinguieron (2).

7. Ni una nubecilla se veía en el cielo, y las aguas sucias se hicieron límpidas, mientras una música celeste llenaba los ámbitos y los ángeles se regocijaban de dicha. Pero no era un goce egoísta ó parcial el que sentían, sino por amor á la ley; porque la creación sumergida en el océano del dolor iba por fin á dulcificar sus penas.

8. Cesaron los gritos de los animales; todos los seres dañinos recibieron un corazón amante, y la paz reinó sobre la tierra. Mara, el malo, estaba con su pena, únicamente á solas, porque no se goza nunca.

9. Los reyes de los nagas, deseando con ardor testificar su respeto por la muy excelente ley, así como prestaron su homenaje á los Buddhas anteriores, fueron á visitar al Bodhisatva, y esparcieron ante él flores de mandava, felices, llenos de

(1) *Shorea robusta*.

(2) *Buddhist Birth Stories*, T. W. Rhys Davids. 64. Compárese: MARC. VII. 32, 37 y MAT. XI. 5.

una sincera alegría por hacer sus homenajes religiosos (1).

10. El real padre pesaba en su ánimo el sentido de estos presagios, alegrándose unas veces, sintiendo otras una cruel angustia.

11. La reina, contemplando á su hijo y viendo los prodigios causados por su nacimiento, sentía en su timorato corazón de mujer las angustias de la duda,

12. Cerca del lecho se acercó una anciana suplicando al cielo bendijese el niño (2).

13. En aquel tiempo vivía en el bosque el rishi Asita, que llevaba una vida de ermitaño. Era un brahmañ de gran reputación, renombrado no sólo por su sabiduría y su ciencia, sino también por su habilidad en interpretar los presagios. Y el rey le invitó á que fuese á ver al real infante.

14. El viejo, cuando vió al príncipe, lloró y suspiró profundamente. Y cuando el rey vió las lágrimas de Asita, alarmado por ellas, le dijo: «¿Qué habéis visto en mi hijo que os cause tanto sentimiento y tanta pena?»

15. Pero el corazón de Asita rebotaba de gozo y conociendo que el ánimo del rey estaba inquieto, dirigiéndose á él, contestó:

16. «El rey, como la luna que está en su pleno, debe experimentar una gran alegría, porque ha engendrado un hijo de maravillosa nobleza.

17. »No adoro á Bhrahma, pero adoro á este

(1) Fuente-*Fo-sho-hing-tsan-king*, 22, 24. Compárese MAT. II, 1.

(2) Fuente-*id*-39, 40. Compárese. Luc. II, 36.

niño, por quien los dioses abandonarán sus templos para venir a adorarle (1).

18. »Desecha todo temor y toda duda. Los presagios espirituales que se han ofrecido indican que el recién nacido libertará al mundo entero.

19. »Pero acordándome que soy viejo no he podido retener mis lágrimas, porque mi fin se aproxima. Tu hijo gobernará el mundo. Ha nacido para el bien de todos los seres vivos.

20. »La pureza de su doctrina se asemejará á la ribera que acoge á los naufragos. Su poder de meditación será como la frescura de un lago, y todas las criaturas caldeadas por el ardor de la lujuria, se tranquilizarán libremente.

21. »Sobre el fuego de la concupiscencia extenderá la nube de su compasión, de suerte que la lluvia de la ley pueda extinguirla.

22. »Él abrirá las pesadas puertas de la desesperanza, y librárá todas las criaturas cogidas en la trama de las redes, que ellas mismas han seguido con su locura y su ignorancia.

23. »El rey de la ley ha aparecido para libertar de la esclavitud á todos los pobres, á los miserables y á los desesperados.»

24. Cuando el rey y la reina hubieron oído las palabras de Asita, se regocijaron en sus corazones, y dieron al niño que acababa de nacer el nombre de Siddhartha, que quiere decir: «El que cumple lo que se propuso».

25. Y la reina dijo á su hermana Pradjapati: «La madre que ha dado á luz un futuro Buddha,

(1) Fuente-*Life of Buddha*. W. W. Rockhill, 150; *Romantic history of Buddha*. S. Beal 52. Compárese: Pseudo. MAT. 13

no parirá otro hijo. Yo abandonaré muy pronto el mundo, al rey mi esposo, y á mi hijo Siddhartha. Cuando yo no exista, sé tú una madre para él».

26. Y Pradjapati, llorando, se lo prometió.

27. Cuando murió la reina, Pradjapati tomó al niño Siddhartha y lo educó. Y así como poco á poco crece la luz de la luna, el real niño creció de día en día en espíritu y en cuerpo; y la verdad y el amor residían en su corazón (1).

V.—LOS LAZOS DE LA VIDA (2)

1. Cuando Siddhartha llegó á la adolescencia, su padre deseó casarle, y envió mensajeros á todos sus parientes, mandándoles traer las princesas sus hijas, para que el príncipe escogiese su mujer entre ellas.

2. Pero aquéllos rehusaron, diciéndole: «El príncipe es joven y delicado; no ha aprendido ninguna de las ciencias. No tendrá fuerza para proteger á nuestra hija, y si estallare una guerra, sería incapaz para ponerse frente al enemigo».

3. El príncipe no era turbulento, sino pensativo por naturaleza. Le gustaba permanecer bajo la sombra del jardín de su padre, y observaba las vías del mundo entregándose á la meditación.

4. Y el príncipe dijo á su padre: «Invita á nuestros parientes para que me vean y pongan mi fuerza á prueba». Y el padre hizo como le pidió su hijo.

(1) Fuente. *Fo-sho-hing-isan-king*, 147. Compárese: Luc. II. 52.

(2) Fuente. *Manual of Buddhism*. R. Spence Hardy 156; *Life of Buddha* 83; *Ragya-tcher Roll-pa*, por F. Ed. Faucaux XII; *Fo-sho-hing-isan-hing* 152-156. Compárese: Luc. II, 46 y 47.

5. Cuando llegaron todos, y el pueblo de Kapilavastu se reunió para juzgar del valor y de la ciencia del príncipe, él se ofreció para hacer todos ejercicios corporales y de la mente, y no encontró ningún rival que le sobrepasara en ninguna de las pruebas del cuerpo ni del espíritu.

6. Respondió á todas las cuestiones de los sabios; pero cuando él cuestionó con ellos, hasta los más sabios de entre ellos se redujeron al silencio.

7. Entonces Siddhartha escogió una mujer. Distinguió á Yasódhará, su prima, la gentil hija del rey de Koli. Y Yasódhará se desposó con el príncipe.

8. De su matrimonio nació un hijo que llamaron Ráhula, y el rey Suddhodana, feliz porque le había nacido heredero á su hijo, pensó:

9. «Habiendo engendrado el príncipe un hijo, le amaré como yo le amo á él. Será un fortísimo lazo para sujetar el corazón de Siddhartha á los intereses del mundo, y el reino de los sakyas quedará bajo el cetro de mis descendientes» (1).

10. Sin un fin egoísta, sino mirando á su hijo y á su pueblo que le rodeaba, el príncipe Siddhartha cumplía sus deberes religiosos, bañaba su cuerpo en el agua santa del Ganges, y purificaba su corazón en las aguas de la ley. Así como los hombres desean asegurar la paz á sus hijos, así aspiraba él anhelosamente á dar la tranquilidad al mundo.

(1) Fuente-*id.* 164. Compárese: MAT. III, 16.

VI.—LOS TRES DOLORES (1)

1. El palacio dado al príncipe por el rey resplandecía con todo el lujo de la India, porque el rey quería que su hijo fuera dichoso.

2. Todo lo que es doloroso de contemplar, todas las miserias y toda noción de sufrimiento, habían sido alejadas de Siddhartha, é ignoraba que el mal reina en el mundo.

3. Pero como el elefante cautivo suspira por las junglas salvajes, el príncipe se impacientaba por ver el mundo, y pidió al rey, su padre, permiso para satisfacer su ardoroso deseo.

4. Entonces Suddhodana mandó poner cuatro corceles magníficos á un carro, adornado por delante con pedrería, é hizo decorar los caminos por donde pasaría Siddhartha.

5. Las casas de la ciudad se engalanaron con colgaduras y banderas, y los espectadores, alineados á cada lado, contemplaron ávidamente al heredero del trono. Así se paseó Siddhartha con Channa su cochero, por las calles de la población, y atravesó una campiña surcada de arroyos y poblada de agradables árboles.

6. En un lado del camino encontraron un viejo. Al ver el príncipe aquel cuerpo inclinado, aquel rostro arrugado y con un surco de dolor entre las cejas, dijo al cochero: «¿Quién es ese? Su cabeza es blanca, sus ojos parpadean y tiene el cuerpo maltrecho. ¡Apenas puede sostenerse con el auxilio de su bastón!»

7. El cochero, azorado, se atrevió al fin á de-

(1) Fuente-*id.* 191-322.

cir la verdad. Le respondió: «Esas son las señales de la vejez. Ese hombre ha sido antes un niño de pecho; luego un adolescente lleno de ardor para el placer; pero han llegado los años; ahora su belleza ha huído, y el vigor de su cuerpo se acabó».

8. Siddhartha, profundamente affigido por las palabras del cochero, suspiró á causa del sufrimiento de la vejez: «¡Qué goce ó qué placer pueden experimentar los hombres, pensó, cuando saben que pronto les hará padecer y caminar lánguidamente!»

9. Y he aquí, que según pasaban, apareció á un lado del camino un enfermo, anhelante, desfigurado el cuerpo, convulso y gimiendo de dolor.

10. El príncipe interrogó á su cochero: «¿Qué clase de hombre es ese?» Y el cochero respondió y dijo: «Ese hombre está enfermo. Los cuatro elementos de su cuerpo están confundidos y en desorden. Todos estamos sujetos á semejantes accidentes: el pobre y el rico, el ignorante y el sabio. Todas las criaturas que tienen un cuerpo están expuestas al mismo mal».

11. Y Siddhartha se conmovió más todavía. Todos los placeres le parecieron gastados, y sintió disgusto por los goces de la vida.

12. El cochero fustigó los caballos para huir de tan triste espectáculo, pero de pronto fueron éstos detenidos en su rápida carrera.

13. Cuatro personas pasaban llevando un cadáver, y el príncipe, estremeciéndose á la vista del cuerpo privado de vida, interrogó al cochero: «¿Qué es lo que llevan esos? Veo unas banderolas

y unas guirnaldas de flores; pero los hombres que van marchan abrumados de pena».

14. El conductor le dijo: «Es un muerto; su cuerpo está ahí rígido; la vida ha escapado de él, y el pensamiento se ha extinguido. Su familia y los amigos que le amaron llevan ahora su cuerpo al sepulcro».

15. Y el príncipe se penetró de horror y de espanto. «¿Esto es una excepción, preguntó, ó también en el mundo hay otros ejemplos de ello?»

16. Con el corazón oprimido, replicó el cochero: «Para todos es igual. El que comienza la vida debe acabarla. Nadie puede escapar á la muerte».

17. Con la voz apagada y balbuciente, el príncipe exclamó: «¡Oh hombres mundanos! ¡Cuán fatal es vuestro error! Inevitablemente vuestro cuerpo caerá en el polvo; y, sin embargo, sin cuidado y sin precaución, continuáis viviendo».

18. El conductor del carro, viendo la profunda impresión que aquellos lúgubres espectáculos habían hecho sobre el príncipe, volvió los caballos y entró en la ciudad.

19. Cuando pasaban ante el palacio de la noble Krishna Gotami, joven princesa, sobrina del rey, viendo la varonil belleza de Siddhartha, y observándole preocupado, exclamó: «¡Dichoso el padre que te ha engendrado; dichosa la madre que te crió; dichosa la mujer que dé el nombre de marido á un hombre tan glorioso!»

20. Habiendo oído el príncipe este elogio, respondió: «¡Dichosos los que han encontrado la salvación! Aspirando á la paz del espíritu, yo buscaré la dicha del Nirvana». Y le ofreció su collar de

perlas preciosas como para recompensarla por la lección que le había dado, y entró en su palacio (1).

21. Siddhartha miró desdeñosamente sus tesoros. A su mujer, que le daba la bienvenida y que le suplicó le dijera la causa de su disgusto, le contestó: «En todas partes encuentro las huellas de la mudanza; eso es lo que me oprime el corazón. Los hombres envejecen, enferman y se mueren. ¿No es eso bastante para destruir la dicha de vivir?»

22. El rey, su padre, al saber que el corazón del príncipe se hacía extraño al placer, fué terriblemente traspasado de disgusto, como si una espada se le clavara en el pecho.

VII.--LA RENUNCIA AL MUNDO (2)

1. Fué una noche. El príncipe no hallaba reposo sobre sus blandos cojines; se levantó y salió al jardín: «¡Ay!, exclamó; todo el mundo está lleno de tinieblas y de ignorancias; nadie sabe cómo curar los males de la existencia». Y gimió dolorosamente.

2. Siddhartha se sentó bajo un gran árbol y se abandonó á sus pensamientos, pesando la vida y la muerte y los males de la decrepitud. Concentrando su espíritu se libertó de toda confusión. Todos los deseos bajos desaparecieron de su corazón y una calma perfecta le inundó por completo.

(1) Fuente-*B-B-Stories*, 79-80; *Life-of-B.* 23. Compárese: Luc. XI 27 y 28.

(2) Fuente-*Fo-sho-hing-tsan-king*, 335-417.

3. En ese estado de éxtasis vió con su ojo mental todo lo que el mundo contiene de miseria y de dolor; vió las penas del placer y la inevitable certeza de la muerte que pesa sobre todos los seres. Sin embargo, los hombres no se han despertado aún á la verdad. Y una compasión profunda le llenó el corazón.

4. Mientras meditaba sobre el problema del mal, el príncipe vió, con el ojo de su espíritu, bajo el árbol una gran figura revestida de majestad, de calma y de dignidad. «¿De dónde vienes? ¿Quién eres tú?»—preguntó él.

5. La visión le respondió: «Yo soy un shramana. Atormentado por el pensamiento de la vejez, de la enfermedad y de la muerte, huí de mi hogar para buscar el camino de la salvación. Todas las cosas se precipitan hacia la ruina; sólo la verdad es eterna. Todo cambia y nada dura; únicamente las palabras de los Buddhas son inmutables. Yo aspiro á la dicha que no se altera; al tesoro que no perece; á la vida que no tiene ni principio ni fin. Por eso he destruído todo pensamiento mundano, y me he retirado á un desierto para vivir en la soledad, y mendigando mi sustento me he consagrado á la única cosa que es necesaria».

6. Siddhartha le preguntó: «¿Y cómo puede obtener uno la paz en este mundo agitado? Estoy traspasado por la vanidad del placer y tengo horror á la voluptuosidad. Todo me abrumba, y hasta la misma vida se me hace intolerable».

7. El Shramana respondió: «Allí donde hay calor también puede haber frío. Los seres sujetos al dolor poseen la facultad de gozar. El origen

del mal enseña que el bien puede desenvolverse. Porque estas cosas son correlativas. Así, donde hay mucha desgracia habrá mucha dicha, si solamente se abren los ojos para verla. De la misma manera que el que cae en un montón de estiércol debe buscar el estanque cubierto de lotos que está inmediato, busca el gran lago inmortal del Nirvana para limpiar el pecado. Si uno no busca el lago, no es porque falte; así, cuando hay un camino santo que conduce al Nirvana al hombre sujetado al pecado, no está la falta en el lago por donde no se pasa, sino en el individuo. Y si un enfermo, cuando hay un médico que puede sanarle no se sirve de él, no está la falta en el médico; así también si un hombre enfermo por hacer mal no busca el guía espiritual de la luz, no es porque falte el guía destructor del pecado» (1).

8. Escuchó el príncipe las nobles palabras de su visitador, y dijo: «Tú eres mensajero de buenas nuevas; pero yo no sé si cumplirá mi intento. Mi padre me aconseja gozar de la vida, y que me entregue á los deberes mundanos que pueden ilustrarme á mí y á mi casa. Me ha dicho que soy demasiado joven, que me palpita muy deprisa el pulso para consagrarme á la vida religiosa».

9. La venerable aparición movió la cabeza, y replicó: «Has de saber que para buscar la verdadera religión jamás hubo un tiempo inoportuno».

10. Le palpitó el corazón de gozo á Siddhartha y dijo: «Este es el momento de buscar una religión; este es el instante de romper todos los lazos que me impiden alcanzar la iluminación perfecta;

(1) Fuente. *B. B. Stories*, 5-6.

esta es la hora de ir al desierto, de aceptar una existencia de mendigo y de encontrar el camino de la liberación».

11. El enviado celeste escuchó con asentimiento la resolución de Siddhartha.

12. «Esta es en efecto, dijo, la ocasión de buscar la religión. Vé Siddhartha y cumple tu designio; porque, Bodhisatva, tú eres el Buddha escogido y estás destinado á iluminar al mundo.

13. Tú eres el Tathagata perfecto, porque cumplirás toda justicia y serás Dharma-râja, rey de verdad. Tú eres Bhagavat, el Bendito, porque estás llamado á ser el salvador y el redentor del mundo.

14. Vé y cumple la perfección de la verdad. Aunque el rayo se cierna sobre tí, no cedas jamás á las ilusiones que seducen y desvían á los hombres del camino de la verdad. Así como el sol en todas las estaciones prosigue su carrera, no te apartes del recto camino de la justicia: tú serás Buddha.

15. Persevera en tu empeño y hallarás lo que buscas. Prosigue tu fin sin desviarte y alcanzarás el premio. Combate con energía y serás el vencedor. La bendición de todos los dioses, de todos los santos, de todo el que busca la luz, sea contigo, y la sabiduría celeste ilumine tus pasos. Tú serás el Buddha, nuestro Dueño y Señor; tú iluminarás al mundo y salvarás á la humanidad de su perdición.

16. La visión desapareció después de estas palabras, y el alma de Siddhartha quedó llena de paz. Y se dijo:

17. «Me he despertado á la verdad y he resuelto cumplir mi propósito. Romperé todos los lazos que me sujetan al mundo, y abandonaré mi casa para buscar el camino de la salvación.

18. Los Buddhas son seres cuyas palabras han de cumplirse; la verdad reside siempre en ellas.

19. Pues como cae la piedra que se arroja, como muere lo mortal, como sale el sol á la aurora, como ruge el león cuando pierde el reposo, como da á luz la mujer preñada, como todas esas cosas son seguras y ciertas, así la palabra de los Buddhas es segura y no puede por menos de realizarse (1).

20. En verdad yo seré un Buddha.»

21. El príncipe fué al cuarto de su esposa para lanzar una mirada de despedida á los que tan tiernamente quería, más que á todos los tesoros de la tierra. Quiso tener por última vez á su hijo entre los brazos y darle un beso de despedida; pero el niño dormía en los brazos de su madre y no podía cogerle sin despertar á los dos.

22. Siddharta entonces se quedó un momento contemplando á su mujer tan bella y á su hijo adorado, y sintió traspasársele el corazón. El dolor por su partida le abrumaba con pesadumbre. Y aunque su espíritu estaba firmemente resuelto y nada hubiera podido quebrantar su propósito, se le escaparon las lágrimas, pues no estaba en su poder el contenerlas ó el suprimir su causa.

23. Y el príncipe abandonó la estancia con firmeza, suprimiendo sus sentimientos, pero sin ex-

(1) Fuente: *B. B. Stories*, 18. Compárese: *Mat.*, XXIV, 35 *Luc.*, XXI, 33 y XVI, 17.

tinguirlos de su memoria. Subió en el rápido Kanthaka, y hallando las puertas del palacio abiertas, salió en el silencio de la noche seguido únicamente por su fiel caballerizo Channa.

24. Y así fué cómo el príncipe Siddhartha renunció á los placeres mundanos, abandonó su reino, rompió todas las cadenas y entró en la soledad.

25. Y la sombra cubría la tierra; pero brillaban rutilantes las estrellas en los cielos.

VIII.—EL REY BIMBISARA (1).

1. Siddhartha se cortó su abundante cabellera y trocó sus vestiduras reales por un burdo vestido de color de tierra. Envió á Kapilavastu á Channa, el cochero, con Kanthaka, el noble corcel, para que dijese á su padre que había abandonado el mundo, y el Bodhisatva erró por los caminos con el cuenco del mendigo en la mano.

2. Pero la majestad de su espíritu no podía ocultarse bien bajo la pobreza de su aspecto. Su noble continente delataba su real origen, y sus ojos irradiaban el fervoroso celo por la verdad. La belleza de su juventud, transfigurada por la santidad, circundaba su cabeza como un halo.

3. Todos los que le veían le contemplaban con asombro. Los más apresurados detenían su paso, y volvían á mirarle, y nadie dejaba de prestarle homenaje.

4. Y habiendo entrado en la ciudad de Radjagriha, el príncipe fué de casa en casa esperando

(1) Fuente: *Fo-sho-hing-tsan-king*, 778-918.

que, silenciosamente, alguien le ofreciese de comer. Por donde quiera que iba el Bienaventurado las gentes le daban lo que tenían, se prosternaban modestamente ante él y se sentían llenos de gratitud porque desdeñaba acercarse á sus viviendas.

5. Viejos y jóvenes decían emocionados: ¡He ahí un noble muní! Su llegada es una bendición. ¡Qué dicha nos aguarda!

6. Y el rey Bimbisara, observando la emoción de la ciudad, indagó su causa, y conociéndola, envió un servidor suyo para que observase al extranjero.

7. Y habiendo averiguado que el muní debía ser un sakya de familia noble, que se había retirado al bosque cerca de un riachuelo para comer el alimento que llevaba en su cuenco, el rey, conmovido, poniéndose sus ropas reales y su corona de oro en la cabeza, fué, acompañado de sus ancianos y prudentes consejeros, al encuentro del huésped misterioso.

8. El rey encontró al muní de raza sakya sentado bajo un árbol. Y admirando la tranquilidad de su rostro y la distinción de sus maneras, Bimbisara, saludándole con respeto, le dijo:

9. «¡Oh Shramana! Sus manos están hechas para sostener las riendas de un imperio, y no el cuenco de un mendigo. Si no adivinase ya que eres de estirpe real te suplicaría te asociases á mí para gobernar mi reino y compartir mi poder. El deseo del mando conviene á los espíritus más magnánimos, y la opulencia no ha de menospreciarse. Ganar los tesoros y perder su religión no es una gran ganancia; pero el que posee á la vez esos tres bie-

nes: poder, opulencia y religión, y goza de ellos con discreción y sabiduría, á ese yo le llamo un gran maestro.»

10. El gran Sakyamuní alzó los ojos y respondió:

11. «¡Oh, rey! Estás reputado como liberal y religioso, y tu palabra es prudente. El hombre bueno que hace un buen empleo de la riqueza se dice que posee en verdad un gran tesoro; pero el miserable que atesora sus riquezas no obtendrá ningún provecho.

12. La caridad es rica en provechos; la caridad es la mayor de las riquezas, pues aunque se prodigue no crea ningún remordimiento.

13. Yo he roto todos los lazos porque busco la liberación. ¿Cómo podría volver de nuevo al mundo? El que busca la verdad religiosa, el mayor de todos los tesoros, debe abandonar todo lo que concierne á su personalidad ó extravía su atención, y no debe tener más que aquel único objeto. Debe libertar su alma de la avaricia y de la lujuria, y también de la ambición del poder.

14. El que ceda á la lujuria un poco, la verá crecer como un niño. El que ejerza el dominio del mundo se llenará de cuidados.

15. Mejor que el señorío de la tierra, mejor que la estancia en el cielo, mejor que el imperio sobre todos los mundos, es el fruto de la santidad (1).

16. Un Bodhisatva reconoce la naturaleza ilusoria de la riqueza, y no comprende el veneno y el alimento.

(1) Fuente: *Dhammapada*, Max Müller (*S. B. of the E.*, X), 178.

17. El pez que ha picado, ¿amará el cebo? El pájaro, ¿se enamorará de su jaula?

18. El enfermo torturado de fiebre busca un medicamento refrescante. ¿Le aconsejaremos otro que la aumente? ¿Apagaremos un fuego cambiando de combustible?

19. Te ruego no me molestes más. Hazlo más bien á los que anhelan los cuidados de la realeza y los disgustos de las grandes fortunas. Ellos no gozan de ellas sino temblando, porque están constantemente amenazados de perder los bienes á que tienen su corazón sujeto, y cuando mueren no pueden llevarse ni el oro, ni la diadema real. ¿En qué mandará un rey muerto sobre un mendigo muerto?

20. Una liebre escapada de la boca de una serpiente, ¿volverá para ser devorada? Un hombre que se ha quemado la mano con una antorcha, ¿la resistirá después de haberla echado al suelo? Un ciego que ha recobrado la vista, ¿querrá perder los ojos?

21. Mi corazón no aspira á una vana ganancia; ahí he depuesto mi diadema imperial y he preferido libertarme de las cargas de la existencia.

22. Por esto no trato de mezclarme en nuevos parentescos y nuevos deberes que me impidan proseguir la obra que he empezado.

23. Siento dejarte; pero debo ir á ver á los sabios que pueden enseñarme una religión y á encontrar el camino por donde escapar al mal.

24. ¡Que tu país goce de paz y prosperidad y que la sabiduría se extienda en tu gobierno como

el brillo del sol al medio día! ¡Que tu poder real sea fuerte! ¡Que la justicia sea el cetro que empuñes!»

25. El rey, uniendo sus manos con respeto, se prosternó ante Sakyamuní, diciendo: «Que puedas encontrar lo que buscas, y cuando lo hayas encontrado, vuelve, te lo ruego, y acéptame por discípulo.»

26. El Bodhisatva se separó del rey amistosamente y con buenas palabras, resuelto firmemente á cumplir su demanda.

IX.—LAS INDAGACIONES DEL BODISATVA (1)

1. Arada y Udraka eran los maestros más renombrados entre los brahmanes, y por entonces nadie les sobrepasaba en saber y en ciencias filosóficas.

2. El Bodhisatva fué hacia ellos y se sentó á sus pies. Escuchó sus doctrinas sobre el *atman* ó la personalidad, que es el «yo» del espíritu y el actor de todas las acciones. Aprendió sus opiniones sobre la transmigración de las almas y sobre la ley del *karma*; cómo las almas de los malos han de sufrir renaciendo en hombres de baja casta, mientras los purificados por libaciones, sacrificios y mortificaciones, llegan á ser reyes, brahmanes ó dioses, elevándose más y más en los grados de la existencia. Estudió sus encantos, sus ofrendas y los métodos por los cuales obtenían la liberación del «yo» de la existencia material en el éxtasis.

(1) Fuente: *Fo-sho-hing-tsan-king*, 919-1035.

3. Arada decía: «¿Qué es eso de la personalidad que percibe los actos de las cinco raíces del espíritu: tocar, oler, gustar, ver y oír? ¿Qué es eso que obra por los dos medios del movimiento: las manos y los pies? El problema del alma se manifiesta en las expresiones «yo digo», «yo sé» y «yo percibo», «yo vengo», «yo me voy» ó «yo me quedo». Tu alma no es tu cuerpo; no es tu ojo, tu oído, tu nariz, tu lengua; ni tampeo tu espíritu. El «yo» es el que percibe el tacto en el cuerpo, el que huele en la nariz, el que gusta en la lengua, el que ve en el ojo, el que oye en el oído, el que piensa en el espíritu. Tu «yo» hace mover tus manos y tus pies. Tu «yo» es tu alma. Dudar de la existencia del alma es irreligioso, y si uno no discierne esta verdad no está en el camino de la salvación. Una especulación profunda descarriará fácilmente al espíritu, conducirá á la confusión y á la incredulidad; pero la purificación del alma conduce á camino de la liberación. Llega uno á la verdadera liberación separándose de la multitud, llevando una vida de eremita y no viviendo sino de limosnas. Si nos despojamos de todos nuestros deseos y reconocemos distintamente la no existencia de la materia, alcanzaremos el estado de perfecto *vacío*. Allí encontraremos las condiciones de la vida inmaterial. Como la hierba *madja* (1) limpiada de su corteza leñosa, ó como el ave silvestre que escapa de su prisión, así el «yo», libertándose de todas las limitaciones, halla el reposo perfecto. Esa es la verdadera liberación; pero sólo la conocerán los que tengan una fe profunda.

(1) Hierba de la India que se utiliza para tejer.

4. El Bodhisatva no quedó satisfecho con aquellas enseñanzas, y replicó: El pueblo está en la servidumbre, porque no ha rechazado la idea del *yo*.

5. La cosa y sus cualidades son diferentes en nuestro pensamiento, pero no en la realidad. En nuestro pensamiento el calor es distinto del fuego, pero en realidad no pueden separarse uno de otro. Decís que podéis quitar las cualidades y dejar la cosa; pero si lleváis vuestras teorías hasta su fin, veréis que no es así.

6. ¿No es el hombre un compuesto de muchos agregados? ¿No estamos compuestos de diferentes *skandhas*, como dicen nuestros sabios? El hombre es un conjunto de forma material, de sensación, de pensamiento, de inclinaciones y de inteligencia finalmente. Lo que los hombres llaman su *yo* cuando dicen «yo soy», no es una entidad distinta de los *skandhas*. Hay espíritu, sensación, pensamiento, verdad; y la verdad es el espíritu cuando va hacia el camino de la justicia. Pero no hay un *yo-alma* distintamente fuera ó detrás del pensamiento del hombre. Aquel que cree que el *yo* es un sér distinto, no tiene una correcta concepción de las cosas. La misma indagación del alma es mala; es un mal punto de partida que lleva en una falsa dirección (1).

7. Cuántas confusiones provienen del interés que nos tomamos por la personalidad y de la vanidad, cuando pensamos: «Yo soy tan grande» ó

(1) Fuente: *Mahavagga* (S. B. of the E. XIII, XVII), 6, 36, 38, 100.

«yo he hecho esta admirable acción». La idea de vuestro *yo* ocupa el centro entre vuestra naturaleza racional y la verdad; desterradla y veréis las cosas como son. El que piensa sanamente se desembarazará de la ignorancia y adquirirá ciencia. Las ideas de «yo soy», «yo seré» «ó yo no seré», no se presentan á un pensador esclarecido.

8. Además, si vuestro *yo* persiste, ¿cómo podéis llegar á la verdadera liberación? Si el *yo* está destinado á renacer en cualquiera de los tres mundos, sea en el infierno, en la tierra ó en los cielos, encontraréis siempre, inevitablemente siempre, la misma clase de existencia. Quedaréis envueltos en el egoísmo y en el pecado.

9. Todo compuesto está sujeto á la disgregación; y no podemos escapar al nacimiento, á la enfermedad, á la vejez y á la muerte. ¿Es eso una liberación final?

10. Udraka decía: «¿No véis en torno vuestro el efecto del karma? ¿Qué es lo que hace que los hombres difieran de carácter, posición, riquezas y de destino? Su karma; y el karma comprende el mérito y el desmérito. La transmigración del alma depende del karma. De las existencias anteriores heredamos los malos efectos de nuestras malas obras y los buenos de nuestros actos virtuosos. Si así no fuera, ¿cómo habría de haber diferencias entre nosotros?»

11. El Tathagata meditó profundamente sobre los problemas de la transmigración y el karma, y descubrió la verdad que yace en ellos.

12. «La doctrina del karma, dijo, es indiscutible, porque todo efecto tiene su causa. Lo que

siembra el hombre, recoge; y lo que cosechamos debemos haberlo sembrado en existencias anteriores.

13. Veo que la transmigración del alma está sometida á la ley de causa y efecto, porque los hombres hacen sus propios destinos. Pero no veo la transmigración del *yo*.

14. ¿Esta personalidad mía, no es un compuesto material y espiritual? ¿No está hecha con cualidades que han nacido por una evolución gradual? Las cinco raíces de la percepción sensorial de este organismo proceden de los antepasados que las han tenido. Las ideas que yo tengo me vienen, por un lado, de los demás individuos que las han pensado, y por otro, de las combinaciones de esas ideas en mi propio espíritu. Los que han usado los mismos órganos de los sentidos y han pensado las mismas ideas antes que me formase en esta individualidad que me es propia, son mis existencias anteriores; son mis antepasados, con la misma razón que mi *yo* de ayer es el padre de mi *yo* de hoy, y el karma de mis actos pasados regula el destino de mi existencia presente (1). *

15. Suponemos que hay un *atman* que empeña los actos de los sentidos, y cuando la puerta de la visión ha sido arrancada de sus goznes y extirpado el ojo, ese *atman*, podrá ver por esas ventanas más grandes las formas que le rodean, mucho mejor que antes. Podrá oír mejor los sonidos, si le arrancan los oídos; percibir me-

(1) Fuente: *Questions of the king*. Milinda. T. W. Rhys Davids 83-86. Recuérdese la teoría de la evolución.

por los olores, si le amputan la nariz; gustar más suprimiéndole la lengua, y percibir mejor las sensaciones si el cuerpo fuera destruído (1).

16. Yo atestiguo la persistencia y la transmisión del alma; percibo la verdad del karma, pero no veo el *atman* que vuestra doctrina estatuye en autor de vuestros actos. Hay un renacimiento sin transmigración de la personalidad; pues en el «yo digo» y «yo veo» ese *atman*, esa personalidad, ese *yo* es una ilusión. Si esa personalidad fuera real, ¿cómo se podría escapar al estado de personalidad? El terror al infierno no tendría límites, y no podría uno tener ningún reposo. Los males de la vida no se deberían á nuestra ignorancia y á nuestro pecado, sino que constituirían la naturaleza de nuestra propia existencia» (2).

17. Y el Bodhisatva se dirigió hacia los sacerdotes que oficiaban en los templos, pero el espíritu compasivo de Sakyamuní se ofendió por la crueldad inútil desplegada ante los altares de los dioses, y dijo:

18. «Unicamente la ignorancia puede inducir á esos hombres á preparar grandes fiestas y asambleas para los sacrificios. Vale más adorar la verdad que procurar ser propicio á los dioses por efusiones de sangre.

19. ¿Qué amor poseerá un hombre que cree que destruyendo una vida remediará los malos actos? ¿Un nuevo crimen puede expiar los anteriores? ¿El verdugo de una víctima inocente puede

(1) Id.-133.

(2) Id.-111.

borrar los pecados de la Humanidad? Eso es practicar la religión, descuidando la conducta moral.

20. Pacificad vuestros corazones y cesad de matar: he ahí la verdadera religión.

21. Los rituales carecen de eficacia; las oraciones son vanas repeticiones de fórmulas; las encantaciones no tienen ni poder saludable; en cambio el libertarse de la concupiscencia y de la voluptuosidad, de las malas pasiones, y renunciar al odio y á la mala voluntad, es el verdadero sacrificio y el verdadero culto.

X.—LA PENITENCIA EN URUVILVA (1)

1. En busca de una doctrina mejor, el Bodhisatva llegó á un yermo de cinco bhikshus establecido en Uruvilva, y cuando el Bienaventurado vió la vida de aquellos cinco hombres, que virtuosamente dominaban sus sentidos, refrenaban sus pasiones y practicaban una austera disciplina, admirando su fervor se unió á ellos.

2. Con santo celo y una firme decisión, Sakyamuní se entregó á la mortificación y á la meditación abstracta. Y si los cinco bhikshus eran austeros, Sakyamuní lo fué más, y aquéllos le honraron como su maestro.

3. Por espacio de seis años el Bodhisatva se mortificó pacientemente y suprimió las necesidades naturales. Torturó su cuerpo y ejercitó su espíritu en las prácticas más severas de la vida ascética. Ultimamente comía sólo un cañamón al día, buscando franquear el océano del nacimiento

(1) Fuente: *Fo-sho-hing-tsan-king*-1.000-1.023.

y de la muerte y tocar la orilla de la liberación.

4. El Bodhisatva quedó consumido y extenuado, pareciendo una rama enferma; eso sí, el renombre de su santidad se extendió por las comarcas vecinas, y el pueblo acudía desde grandes distancias á verle, á recibir su bendición.

5. El Bienaventurado no estaba satisfecho, sin embargo. Buscando la verdadera ciencia no la encontraba, y comprendió que la modificación no extingue el deseo ni procura la iluminación en la contemplación estática.

6. Sentado bajo un árbol consideró el estado de su espíritu y los frutos de sus mortificaciones, y pensó: «Mi cuerpo se debilita más y más, y mis ayunos no me hacen adelantar un paso en la busca de la salvación. Este no es el verdadero camino. Haré mejor fortificando mi cuerpo con la bebida y la comida, poniendo así á mi espíritu en situación de encontrar la calma».

7. Y fué á bañarse al río, y al salir no podía alzarse á causa de su debilidad; pero viendo las ramas de un árbol, se agarró á ellas y pudo salir.

8. Cuando el Bienaventurado volvió á su puesto, desfallecido de hambre, cayó al suelo y los cinco bhikshus creyeron que estaba muerto.

9. Había un pastor que habitaba cerca del bosque, y cuya hija se llamaba Nanda, y así que ésta llegó donde estaba desvanecido el Bienaventurado, se prosternó ante él y le ofreció arroz y leche: y él aceptó la ofrenda.

10. En cuanto comió recobraron vigor sus miembros, su espíritu se tornó lúcido y estuvo apto para recibir la iluminación suprema.

11. A partir de ese instante, el Bodhisatva volvió á comer. Sus discípulos, que habían asistido a la escena con Nanda y observado el cambio en su género de vida, comenzaron á dudar. Se convencieron que el celo religioso de Siddhartha disminuía y que el que habían venerado como su maestro, olvidaba su magnánimo fin (1).

12. Y cuando el Bodhisatva vió que los bhikshus se apartaban de él, se apenó por su falta de confianza y se dió cuenta del abandono en que vivía.

13. Hizo callar su disgusto y se fué solo, y sus discípulos dijeron: «Siddhartha nos abandona buscando otro sitio más agradable».

XI.—MARA EL MALO (2)

1. El Santo dirigió sus pasos hacia el venturoso árbol de Bodhi, á cuya sombra debía perfeccionar el objeto de su indagación.

2. Mientras iba andando tembló la tierra y un resplandor brillantísimo transfiguró el mundo.

3. Cuando se sentó, los cielos estallaron en alegría y todos los seres vivos se llenaron de gozo.

4. Sólo Mara, el señor de los cinco deseos, factor de muerte y enemigo de la verdad, revistióse de dolor y no gozó. Acompañado de sus tres hijas, las tentadoras, y de sus legiones de demonios malhechores, fué al sitio donde estaba sentado el gran

(1) Fuente, 1024-1221-1224. Compárese: Luc XII, 19 y Mat II, 3.

(1) Idem, 1026-1110 Compárese: Luc IV, 2, Mat IV I-7 y Mat I, 12.

sramana. Pero Sakyamuni no se previno siquiera.

5. Mara profirió las amenazas que inspiran el terror, y suscitó tal huracán, que los cielos se oscurecieron y el mar rugió y palpité. Pero bajo el árbol de Bodhi, el Bienaventurado permanecía tranquilo sin temer nada. El iluminado sabía que ningún mal podía acaecerle.

6. Las tres hijas de Mara tentaron al Bodhisatva; pero no reparó en ellas, y cuando Mara vió que no podía encender ningún deseo en el corazón del sramana victorioso, ordenó á todos los espíritus malignos que, obedientes á sus mandatos, atacaran y aterrassen al gran Muni.

7. Pero el Bienaventurado les contempló como quien mira los juegos inocentes de los niños. Y el ardiente odio de los malos espíritus quedó sin resultado. Las llamas del infierno se hicieron saludables brisas perfumadas, y los rayos furibundos se trocaron en flores de loto.

8. Ante esto, Mara y su ejército huyeron. Mientras tanto, de las alturas celestes caía una lluvia de flores y se oían las voces de los buenos espíritus:

9. «¡Ved el gran Muni! ¡El odio no conmueve su espíritu! Las legiones del Malo no le han intimidado. Es puro y sabio; está lleno de amor y de compasión».

10. Como los rayos del sol barren las tinieblas del mundo, así el que persevera en su busca encontrará la verdad y la verdad le iluminará.

XII.—ILUMINACIÓN (1)

1. Habiendo puesto en fuga á Mara, el Bodhisatva se entregó á la meditación. Todas las miserias del mundo, todos los males, producidos por las malas acciones y los sufrimientos que las siguen, pasaron ante el ojo de su espíritu, y pensó:

2. «En verdad, que si los seres existentes viesen los resultados de todas sus malas acciones, se apartarían de ellas con disgusto; pero la personalidad les ciega y continúan sujetos á sus perniciosos deseos.

3. Desean ardientemente el placer y engendran el dolor; cuando la muerte destruye su individualidad, no encuentran paz alguna; su red de existencia persiste, y su personalidad reaparece en nuevos nacimientos.

4. Así continúan moviéndose dentro de un círculo y sin poder sustraerse al infierno que se han creado ellos mismos. ¡Y son bastantes vacíos sus placeres y son bastante vanos sus esfuerzos! Huecos como la caña y vacíos como una burbuja.

5. El mundo está lleno de pecado y de disgusto, porque está repleto de error. Los hombres se extravían porque piensan que el error vale más que la verdad. Prefiriendo la verdad, persiguen el error que es de momento más agradable á la vista, aunque causa angustia, disgusto y miseria.»

6. Y el Bodhisatva comenzó á exponer el *dharma*. El *dharma* es la verdad. El *dharma* es la ley sagrada. El *dharma* es la religión. Única-

(1) Idem, 1111-1199.

mente el *dharma* puede librarnos del error, del pecado y del dolor.

7. Considerando el origen del nacimiento y de la muerte, el Iluminado reconoció que la ignorancia era la raíz de todos los males, y que éstos son los eslabones del desenvolvimiento de la vida, llamados los doce vidanas.

8. «En el principio hay una existencia ciega y sin conocimiento; y en el oceano de la ignorancia hay apetencias susceptibles de forma y de organización. De esas apetencias de forma y de organización nace el conocimiento ó el sentimiento. El sentimiento engendra los organismos que viven como seres individuales. Esos organismos desenvuelven los seis *campos*, es decir, los cinco sentidos y el espíritu. Los seis campos se ponen en contacto con las cosas ó la materia. El contacto engendra la sensación. La sensación crea la red de la existencia individualizada. La red de la existencia crea el apego á las cosas, y el apego crea, fomenta y perpetúa la personalidad. La personalidad se perpetúa en los nacimientos sucesivos, y los nacimientos sucesivos de la personalidad son la causa del sufrimiento de la vejez, de la enfermedad y de la muerte. Producen la queja, la angustia y la desesperanza (1).

9. La causa de todo dolor es primordial: yace oculta en la ignorancia, de donde evoluciona la vida. Disipad la ignorancia, y destruiréis los malos apetitos que nacen de ella. Destruid esos malos

(1) Fuente: *Questions-of-king Milinda* 79; *Sacred Books* XXI, 172.

apetitos, y haréis desaparecer la percepción falsa que nace de ellos. Destruid la percepción falsa, y el error cesará entre los seres individualizados. Destruid los errores en los seres individualizados, y las ilusiones de los seis campos desaparecerán. Destruid las ilusiones y el contacto con las cosas, y no producirá ya concepción errónea. Destruid la concepción errónea, y habréis acabado con la concupiscencia. Destruid la concupiscencia, y os habréis libertado de toda sujeción enfermiza. Desligáos de toda sujeción, y destruiréis el egoísmo de la personalidad. Y si el egoísmo del «yo» se destruye en vosotros, estaréis por encima del nacimiento, de la vejez, de la enfermedad, de la muerte, y escaparéis á todo sufrimiento.»

10. El Sabio vió las cuatro nobles verdades que muestran el camino del Nirvana, ó de la extinción del «yo».

11. «La primera noble verdad es la existencia del dolor. Se sufre al nacer, al crecer, en la enfermedad; se sufre para morir. Se sufre estando unido con lo que no se ama. Se sufre también, aún más, separándose de lo que se quiere, y se sufre deseando lo que no se puede obtener.

12. La segunda noble verdad es la causa del dolor. La causa del dolor es la concupiscencia. El mundo que nos rodea afecta la sensación y engendra una sed de apego que exige una satisfacción inmediata. La ilusión del «yo» nace y se manifiesta en el apego á las cosas. El deseo de vivir para la satisfacción del «yo» nos apresa en las redes del disgusto. El placer es un cebo, y el resultado es el dolor.

13. La tercera noble verdad es la cesación del dolor. El que subyuga su «yo» se libra de la concupiscencia. Y no sintiendo apego, la llama del deseo no encuentra tampoco alimento para nutrirse. Y así debe extinguirse.

14. La cuarta noble verdad es el óctuple sendero que lleva á la cesación del dolor. Se salva aquel cuyo «yo» desaparece ante la verdad; aquel cuya voluntad se subordina al deber; el que no tiene otro deseo que realizar su deber. El Sabio sigue ese camino y pone un término al deber.»

15. El óctuple sendero es:

- 1.º La buena manera de comprender.
- 2.º Las buenas resoluciones.
- 3.º La buena manera de hablar.
- 4.º La buena manera de obrar.
- 5.º La buena manera de ganarse la vida.
- 6.º Los buenos esfuerzos.
- 7.º Los buenos pensamientos.
- 8.º La saludable paz del espíritu (1).

16. Eso es el *dharma*. Eso es la verdad. Eso es la religión. Y el Sabio pronunció esta estancia: «¡Cuánto tiempo he errado, cuánto tiempo! Ligado por la cadena del deseo durante numerosos nacimientos, he buscado mucho tiempo inútilmente de qué procede esa ausencia de reposo que tortura al hombre. ¿De dónde vienen su egoísmo y su angustia, y el *samsara* difícil de soportar cuando el dolor y la muerte nos rodean? Ya lo hallé. ¡He encontrado su causa en la personalidad! No construyáis

(1) Fuente: *Sacred Books*, XXI, 90; *Mahavagga*, I, 6, 19-28. *Buddha, sein Leben*, e.c. H. Oldenberg, 227-28. *Buddhism*, T. W. Rhys Davids, 106-107.

una casa para mí. He roto el yugo del pecado; he partido el timón del cuidado. Mi espíritu ha entrado en el Nirvana. ¡He llegado, por fin, á la destrucción de los apegos!» (1).

17. Allí está el «yo»; aquí, la verdad. Allí donde está el «yo» no existe la verdad, y allí donde está la verdad no está el «yo». El «yo» es el error fugitivo del *samsara*: es el individualismo que aísla y el egoísmo generador de la envidia y del odio. El «yo» es el insensato arder por el placer, el que corre loco á los triunfos de la vanidad. La verdad es la justa comprensión de las cosas, es lo permanente y lo eterno, lo real en toda existencia, la felicidad de la senda derecha.

18. La existencia del «yo» es una ilusión, y no hay en el mundo torcimiento, ni vicio, ni pecado que no se derive de la afirmación del «yo».

19. No puede poseer uno la verdad sino á condición de reconocer que el «yo» es sólo una ilusión. No puede uno seguir el recto sendero sino después de libertar su espíritu de las pasiones egoístas. La paz perfecta no puede establecerse sino cuando ha desaparecido toda vanidad.

20. Bienaventurado el que ha comprendido el *dharma*. Bienaventurado el que no hace mal á los demás seres sus hermanos. Bienaventurado el que vence al pecado y el que está libre de pasión. Ha llegado á la mayor felicidad el que ha vencido el egoísmo y la vanidad. Se ha hecho Buddha, perfecto, Bienaventurado, Santo (2).

(1) Fuente: *B. B. Stories*, 103-104; *Dhammapada*, 152-154.

(2) Fuente: *Rgya-icher Roll-pa*, 355. Compárese MAT V, 3-11.

XIII.—LOS PRIMEROS CONVERSOS (1)

1. El Bienaventurado permaneció en la soledad siete veces siete días gozando de la dicha de la liberación.

2. Por entonces, Tapussa y Bhallika, dos mercaderes, acertaron á pasar por la ruta inmediata á aquel sitio, y como vieran al gran sramana, majestuoso, respirando paz, se aproximaron con respeto y le ofrecieron de sus tortas de arroz y miel.

3. Y ese fué el primer alimento que tomó el Iluminado después de alcanzar el estado de Buddha.

4. Y el Buddha les habló y les mostró el camino de la salvación. Los dos mercaderes concibieron en su espíritu la santidad del vencedor de Mara, se prosternaron ante él respetuosamente diciendo: «Refugiámonos, Señor, en el Bienaventurado y en el Dharma.»

5. Tapussa y Bhallika fueron los primeros discípulos laicos del Buddha.

XIV.—RUEGO DE BRAHMA (2)

1. Cuando el Bienaventurado llegó al estado de Buddha, pronunció estas solemnes palabras:

2. «La plenitud de la felicidad es la liberación del mal. La felicidad es la ausencia de concupiscencia y la destrucción de todo órgano que descansa sobre la idea de: «Yo soy» (3).

(1) Fuente: *Mahavagga*, I, 4.

(2) *Idem*, I, 5.

(3) *Idem*, I, 3, 4.

3. He descubierto la verdad más profunda, sublime y productora de paz; pero difícil de comprender, porque la mayoría de los hombres se agitan en una esfera de intereses mundanos y se complacen en los deseos del mundo.

a. El que vive en el mundo no comprenderá la doctrina, porque para él la dicha no existe sino en la personalidad, y la felicidad, que consiste en una sumisión completa á la verdad, no la puede concebir.

5. Ese llamará resignación lo que es para el iluminado el más puro de los goces. Verá el aniquilamiento allí donde el perfecto halla la inmortalidad, y considerará como la muerte lo que el vencedor del «yo» sabe es la vida eterna.

6. La verdad permanece oculta para el que yace en la servidumbre del odio y del deseo. El Nirvana queda incomprensible y misterioso para el espíritu vulgar, que está circundado de intereses mundanos, como entre nubes.

7. Si predico la doctrina y la humanidad no la comprende, no tendré por ello más que fatiga y disgusto.»

8. Entonces Brahma Sahampati descendió de los cielos y, después de adorar al Bienaventurado, dijo:

9. «¡Ay, el mundo va á perecer si el Santo, el Tathagata, no se decide á predicar el Dharma!

10. Sé misericordioso con los que luchan, ten compasión de los que sufren, ten piedad de los que están presos en las redes del dolor sin esperanza alguna.

11. Hay seres que están casi limpios de la man-

cha de apego al mundo, y esos se perderían si no oyesen la predicación de la doctrina; pero si la oyen creerán y serán salvos.»

12. El Bienaventurado, lleno de compasión, miró con el ojo de un Buddha todos los seres animados y vió entre ellos seres que apenas estaban cubiertos con el polvo de lo mundano, bien dispuestos y aptos para instruirse. Y vió también á algunos que tenían conciencia del peligro de la concupiscencia y del pecado.

13. Y el Bienaventurado dijo: «Que la puerta de la inmortalidad se alza de par en par á todos los que tengan oídos para oír, que puedan recibir el Dharma con fe.»

14. Entonces Brahma Sahampati comprendió que el Bienaventurado había acogido su ruego y que predicaría la Ley.



FUNDACIÓN DEL REINO DE LA VERDAD

XV.—UPAKA (1)

1. Después, el Bienaventurado, pensó: «¿A quién predicaré primero la doctrina? Mis antiguos maestros han muerto. Ellos habían recibido con alegría la buena nueva. Pero aún viven mis cinco discípulos. Iré hacia ellos y, ante ellos, por primera vez, proclamaré el Evangelio de la liberación.»

2. En aquel tiempo los cinco bhikshus residían en el Parque de los Gansos, en Benarés, y el Bienaventurado, olvidando la dureza con que le habían abandonado en el momento que tenía más necesidad de su simpatía y de su auxilio, pues recordaba sólo los servicios que le habían prestado y sentía compasión por las austeridades que practicaban tan en vano, se levantó y fué hacia su residencia.

3. Upaka, joven braman jaino, antiguo amigo de Siddhartha, encontró al Bienaventurado cuando éste se dirigía á Benarés, y sorprendido

(1) Fuentes: *Fo-sho-hing-tsan-king*, 1200-1217. *Mahavagga*, I, 6, 1-9.